

EL PORVENIR DEL OBRERO

Núm. 54.

MAHÓN 30 Diciembre de 1900.

DIRIGIR LA CORRESPONDENCIA: J. Mir y Mir EN MAHÓN (ISLAS BALEARES)

APARECE CUANDO PUEDE.

Provincia de

St. D.

«El Porvenir Navarro»

Nuestro querido colega ha sido excomulgado por el Obispo de Pamplona. Era de esperar. Tenía yo costumbre de leerle todas las semanas y ya extrañaba que la condenación tardase tanto. Los motivos eran verdaderamente graves. El distinguido compañero, además de combatir con valentía la causa de Carlos VII y defender al liberalismo—que es pecado, según dicen los obispos españoles—escandalizó hace algunos meses al Reverendo Padre Doroteo, un esteta, que abusaba de los niños confiados por sus majaderos padres al colegio de Escolapios de Pamplona. No se contentó con impedir que el Reverendo Padre Doroteo continuara tranquilo en su *santa tarea*, sino que le obligó por el escándalo á huir de la población.

Desde entonces el semanario denunciador pudo darse por perdido; pero no se enmendó. Al contrario, hace poco descubrió y escandalizó también á un bigardo que se había metido á *santo ermitaño* en las cercanías de un pueblo de aquella provincia, el cual santo se dedicaba á consagrar niñas de seis á diez años á la Virgen de no sé cuantos, para lo cual hacía que se las llevasen á la ermita y pasaba la noche con ellas, devolviéndolas luego en estado lamentable á sus estúpidos padres.

Era, pues, natural que el representante del Dios de los católicos en Navarra lanzara furioso el rayo de la excomunión sobre...

—¿Sobre el Doroteo y sobre el ermitaño?

—No, señor; para con éstos ha sido el Obispo piadoso pastor, amante de sus ovejas; la excomunión se ha lanzado contra el periódico que denunció los hechos criminales.

Afortunadamente, la autoridad episcopal no se ha visto desamparada por el *brazo secular*. El Gobernador de la provincia se apresuró á suprimir el periódico á raíz de la excomunión, obrando así como buen católico, pues aquel *papelucho* se dedicaba también á combatir el carlismo y era fran-

camente liberal—lo cual es pecado, según afirman autorizadamente todos los teólogos modernos.

Las partidas levantadas en armas este otoño fueron disueltas en las montañas de Cataluña; pero los fanáticos absolutistas no deben perder ánimos ni esperanzas: acaban de ganar la batalla de Pamplona.

M.

El Guardavía

¡Qué día aquél más espléndido! Uno de aquellos días en que uno se siente deseoso de vivir, que hace dilatar los pulmones, que convida al fantaseo, día de luz y colores.

Sentado sobre el extremo de una traviesa de las que sustentan los carriles de la vía férrea, y cuya cabeza negruzca, carcomida por la lluvia, asomaba por entre la arenosa apisonada tierra; resguardado de los rayos de Febo por la sombra que proyectaba un cañaveral alineado á lo largo del camino de hierro, contemplaba con tamaños ojos abiertos cómo el sol bañaba el paisaje, besándolo con besos de fuego.

A mi frente, al otro lado de la vía, en el poco caudaloso río, murmuraba un agua clara, transparente, fresca y fugitiva.

En la orilla opuesta á la que me encontraba, una llanura inmensa, á perderse de vista, cuajada de frutales, huertos cuadrados... árboles y más árboles balanceándose á impulsos de una ligera brisa.

A mi espalda la vertiente de verdosa montaña. A derecha curvabase la línea férrea; y al otro lado la superficie plana del río que con sus arenas caldeadas, secas á trechos, perdíase á lo lejos.

Y más lejos aún, una faja estrecha, azulada, irisada á ratos, limitaba el paisaje con las aguas del mar.

Desde mi observatorio, no muy distanciado, veíase la casilla del guardavía, con sus paredes pintadas de un amarillo claro, descolorido por las lluvias y el tiempo.

Una casucha de ladrillo batido, de unos seis metros de ancho por cinco de largo; vivienda en cuyo interior se amalgamaba la cocina y cuarto dormitorio, reducidos, semejante á vivienda de muñecos; en los que el egoísmo de las Compañías ferroviarias ha limitado el espacio, no á lo más preciso para el ser que debe abitarlas, sino al menor costo posible. Ahorro de ochavos, cálculos económicos de avaro. ¡Claro! como allí no viven los grandes accionistas.

Aquella, habitábanla, cual nuevos moluscos pegados á la roca de la vía férrea, dos viejos setentones, marido y mujer, encanecidos en la guarda de la vía por un servicio continuo de cerca de cuarenta años.

Allí, en aquel reducido espacio, comprendiendo el huerto al lado de la casilla, no más grande que un pañuelo de los llamados de hierbas, distanciados del pueblo más próximo unas dos horas largas, aislados del resto de los mortales, vegetaban, míseros viejos, dos seres de los cuales la sociedad no se acuerda nunca, que ni útiles los considera siquiera, y sólo los tiene en cuenta para atarles, durante todas las enteras veinticuatro horas diarias, á las dos líneas de hierro de la vía, por un mísero jornal de ocho ó nueve reales que gana el hombre.

¡Mísero jornal! Migajas que no nutren, restos que ni alcanzan á llenar el estómago; hambre siempre, siempre la falta de lo más indispensable!

Y para ganar este mísero jornal, el poste de carne humana ha de estar constantemente fijo, inmóvil, á cada tren que pasa; de día, de noche, que llueva ó ventée. Que el sol reseque su epidermis, que el frío la amorate, que la lluvia empape sus vestidos y le acarree el reuma, el hombre-poste ha de permanecer allí; y esto, durante años y años, sin más esperanza que una muerte á veces prematura, por todo ascenso, por toda recompensa, perdiendo de hombre todo lo que adquiere de poste, gastando de continuo su organismo sin recomponer el desgaste, ya que su mísero jornal no se lo permite.

Y cuidado que su ignorancia no le haga cometer un descuido, que el sueño escasamente reparado no le haga trocar las señales, porque entonces... entonces el poste deja de ser poste y se convierte, ó lo convierten, en hombre responsable, en cabeza de turco, en blanco de castigos.

Aquella casilla amarilla, aquel hombre de facciones tostadas y blancos cabellos y bigote, aquella mujer que comparte su hambre y su servicio, aquel conjunto de esclavitud y de miseria, era, en aquel espléndido paisaje, una nota dolorosa, una mancha negra, algo que daba la síntesis de cómo se efectúa y recompensa el trabajo en esta sociedad de accionistas satisfechos, de políticos consejeros que cobran el barato, de monopolios, de rapiñas legales, de egoísmos nefandos, de explotadores en suma.

¡Pobre condición la de este hombre, de tal suerte condenado á no gozar jamás los beneficios que la ciencia y la inventiva humana aportan á la especie!

¡Oh! el ferrocarril... ¡gran progreso!—pense —¡el guardavía... una de sus víctimas! ¡Qué poco tiene que agradecerle!... ¡Bah! repitamos con el poeta:

«Gocemos, sí; la cristalina esfera
gira bañada en luz; bella es la vida!

Brilla radiante el sol, la primavera
los campos pinta en la estación florida;

Que haya un cadaver más, ¡qué importa al mundo!

A mis pies, por entre la hierba que raquílica
crecía á ambos lados de los carriles, una hierba
empolvada de negro, luchando con la aridez del
terreno arenoso y apisonado, erguía su tallo una
modesta, pequeña florecilla blanca.

Y por su débil tallo un diminuto caracol su-
bía lentamente, á costas arrastrando su casita,
tropezando ésta con el hierro de los carriles, tan-
teando el camino con sus diminutos cuernos.

Ya llegaba á la flor; un esfuerzo más y se en-
caramaba por sus pétalos... en línea recta ascen-
dente iba á faltarle terreno para avanzar... ¿re-
trocedería?... No; sus diminutos cuernecitos tro-
pezaron con el hierro... encogió su cuerpo (hacia
atrás por breves segundos, y cual si hubiese que-
rido tomar impulso, ó vacilara un momento,
miedoso, aventuróse en aquel nuevo apoyo, en-
caramándose sobre él, siguiendo su camino á lo
largo... un palmo escaso distanciábalo ya de la
flor abandonada que mojó con su baba, un líqui-
do brillante y blanquecino... ¿do iba el caracol?
¿erraba á la ventura ó emigraba? ¿querría tal vez
buscar nuevo y más fresco pasto de menuda hier-
ba?... ¡Mal sendero escogiste!—pensé.

Una trepidación cercana, un sordo rumor
que aumentaba de volumen por segundos, hízo-
me abandonar mi observatorio más que de pri-
sa... el instinto de conservación hízome olvidar
al pequeño caracol...

Una máquina, humeante, de respiración fati-
gosa, pasó veloz ante mis atónitos ojos... vagones
y más vagones después, llenos unos, vacíos otros...
el terreno que temblaba... la traviesa que cru-
jía... espirales de blanco humo... luego, una ma-
sa que se alejaba... la trepidación que iba dismi-
nuyendo...

Solo entonces acordéme del caracol. Bajéme,
busqué... ni rastro de él quedaba.

Aplastado primero, pulverizado después...
¡qué corta vida!... ¡cuán trágico su fin!...

Levanté la vista... el hombre poste continua-
ba clavado en su puesto, de espaldas al tren que
perdiáse á lo lejos; en su mano el pedazo de ma-
dera con los banderines de señales, arrollados...
inmóvil... como siempre atado al cuidado de
aquellos carriles, de aquel trazo de vía que era su
presidio... molusco de nuevo género... de infe-
rior condición que el caracol, ya que él no podía
trasladarse, llevar su casa á costas... como el
caracol condenado á ser aplastado un día... ó á
morir después de vegetar, agonizando lentamen-
te, desgastándose en un trabajo beneficioso á todo
el parásito mundo menos para él.

El guardavía no existe ya. Unos palmos de
terreno cubren su inanimado cuerpo en la fosa
común de no sé qué cementerio. Mis vaticinios se
cumplieron. La lluvia de todos los inviernos fil-
tróse en su viejo cuerpo acarreándole un reuma,
una pulmonía cualquiera mal cuidada... no sé...

lo cierto es que no existe... que el desgaste del
organismo en aquel su trabajo en pésimas condi-
ciones, las que le imponen los explotadores del
hombre, ha tenido su lógico desenlace.

Proletario anónimo, para el poste-hombre
ninguna pluma eminente y servil escribirá su ne-
crología. Estas se consagran solamente, y con es-
pecialidad, á los parásitos.

Como vivió, muere. Olvidado de los que vi-
vieron á su costa.

Quien tuvo ocasión de estrechar su mano
amiga, se complace en evocar su recuerdo en es-
tas líneas.

JOSÉ PRAT.

Los tres aliados

(CONCLUSIÓN.—VÉASE EL NÚMERO ANTERIOR)

El descontento del pueblo á fines del pasado si-
glo fué grande en toda la parte llamada civilizada
y sus murmullos y motines presagiaban la proximi-
dad de una revolución. La burguesía, que no de-
seaba otra cosa, se puso á la cabeza del movimien-
to que produjo la gran Revolución Francesa de
1793, que echó por tierra trono, feudalismo y altar;
pero aprovechando la ignorancia de las masas re-
volucionarias y la confianza que éstas habían
depositado en ella, encauzó la revolución á su gos-
to y apoderándose del Poder, dejó burladas las no-
bles aspiraciones del pueblo sintetizadas en estas
tres palabras: *Libertad, Igualdad y Fraternidad*.

Dueña ya del Poder, á su disposición los ejérci-
tos de mar y tierra y bajo sus plantas el pueblo en-
tero, cayó cual ave de rapina sobre los bienes del
clero y de la nobleza, desmenuzándolos. Harta de
botín, enriquecida aún más de lo que estaba con los
despojos de sus dos rivales derrotadas, se apoderó
de ella el miedo de ser á su vez despojada de las
riquezas por el eterno despojado, por su aliado de
la víspera, por el pueblo siempre hollado y se apre-
suró á celebrar alianzas con sus hasta entonces ene-
migos: con el clero y la aristocracia.

Desde entonces las tres clases, aunque aparez-
can algunas veces divididas, se hallan por el con-
trario muy unidas cuando se trata de defender sus
intereses comunes, que son la posesión de las rique-
zas en frente de la aspiración reivindicadora del
pueblo, que quiere: «pan para todos, libertad para
todos.»

Y no puede ser de otra manera. Ellos se cono-
cen unos á otros y es muy fácil llegar á un acuerdo
entre lobos de una misma manada, ante el enemi-
go común que amenaza hacer tabla rasa de todos
sus privilegios.

Los piratas, los bandidos y los embaucadores
aliados gobiernan hoy al mundo y no es extraño
que de tan honrado triunvirato no salga otra cosa
que crímenes y hecatombes cuando quieren escar-
mentar á sus esclavos; y miseria, asesinatos, tira-
nía y prostitución con todas sus consecuencias en
el estado normal, cuando el orden reina, como di-
cen ellos.

Mas este estado de cosas, este desorden, este
crimen de lesa humanidad, esta soberbia y tiranía
de parte del triunvirato y esta cobardía y servilismo
de nuestra parte, no puede durar mucho.

Al estrépito de la Revolución del 93 y al in-
flujo y bajo la protección de las conmociones revolucio-
narias de las masas populares, la ciencia se esplayó
al sentirse aligerada de algunas ligaduras y sus im-
portantes descubrimientos divulganse cuanto es po-
sible dentro de este sistema económico y llegan
hasta los cerebros del proletariado que lucha in-
cansable por la libertad humana.

Por otra parte, la burguesía, cuya profesión
predilecta es el negocio, ha dado desde el Poder fa-
cilidades para el desarrollo de la mecánica cuyos
descubrimientos se aplican á la explotación en be-
neficio exclusivo de los capitalistas.

Esto dió por resultado la creación de lo que se
llama moderno industrialismo, y por lo tanto tam-
bién del hambriento proletariado presente. Con la
Revolución del 93, desapareció en el campo el sier-
vo del señor feudal, pero en su lugar han quedado
el pequeño propietario adherido á su terruño y
abrumado de obligaciones, y el jornalero que al-
quila sus fuerzas por día y que errante siempre,
no tiene donde caerse muerto. Con la Revolución
francesa, desapareció el artesano de las ciudades
que en su hogar convertido en taller manipulaba la
materia prima dándole forma, y en su lugar ha que-
dado el proletario, el paria de los talleres, el que
de puerta en puerta solicita trabajo del burgués y
es despedido de todas partes cuando no lo necesi-
tan. Con la revolución francesa desapareció el es-
clavo que no tenía voto, pero ha quedado el esclavo
que acude á las urnas con humildad á depositar
la papeleta que le manda su burgués.

Con el desarrollo de la maquinaria y la mayor
facilidad de las relaciones comerciales, la riqueza
se va centralizando, el gran capital cual monstuo-
sa esponja sedienta absorbe los pequeños capitales
y arroja á sus poseedores á las masas proletarias,
tendiendo á convertir la humanidad en un rebaño
de obreros esquilados bajo la dirección de dos do-
cenas de capitalistas.

La competencia que se hacen los burgueses en
su afán de aumentar sus riquezas, les impulsa á la
introducción de máquinas que les ahorren brazos y
á la reducción de los salarios de los operarios, lo
que ha acelerar indudablemente la revolución.

El obrero al mismo tiempo que productor es
consumidor. Cada máquina que se introduce en un
taller arroja trabajadores á la calle y el día en que
la burguesía, ciega en sus ansias de oro, sustituya
las máquinas humanas con las máquinas de hierro,
¿quién consumirá los productos elaborados por la
maquinaria, si los obreros sin trabajo carecen de
dinero? ¿A quién le venderán los burgueses sus
mercancías? Y en ese caso extremo, al cual nos
vamos aproximando, ¿nos dejaríamos los obreros mo-
rirnos de hambre, siendo mayoría y con la convic-
ción de nuestros derechos? No, de ninguna manera:
cogeríamos los víveres y demás mercancías donde
los hubiere.

Así, pues, la revolución social es inevitable.
Ella habia de venir, porque es el resultado de la
evolución económica que se está operando y los
burgueses, con todos sus sabios, son impotentes pa-
ra evitarla ni aún para demorarla.

Pero los que tenemos conciencia de nuestros de-
rechos, los que comprendemos lo injusto y antina-
tural de este sistema social, los que sentimos sobre
nuestras espaldas el látigo del salario y sabemos
apreciar toda la degradación que representa, no
podemos resignarnos á esperar que se complete la
evolución y que la masa inconsciente se lance á la
calle en son de rebelión.

El filósofo acomodado que desde su gabinete de
estudio observa la marcha progresiva de la huma-
dad y estudia y analiza los fenómenos sociales, pue-
de tranquilamente en su sillón y con el libro en la
mano, esperar á que los acontecimientos vengán
por sí solos; pero el obrero que mendiga de puerta
en puerta un trabajo que muchas veces no encuen-
tra; el que en su hogar no tiene lumbre en los días
de frío para calentar los entumecidos miembros de
sus hijos y su esposa; el que sin trabajo y sin re-
cursos, y muchas veces enfermo, vaga errante sin
un pan que comer ni un techo donde cobijarse; el
que sufre las arbitrariedades del burgués y del go-
bernante; en fin, todo el que soporta las privacio-
nes económicas y la tiranía de los grandes tenien-
do nociones de su dignidad de hombre, no puede
esperar y tiene que rebelarse, pues es preferible

morir peleando á que la burguesía nos mate de hambre en medio de la calle ó en una sucia cama del hospital.

Espartaco cuando se levantó contra la esclavitud, no tenía á su lado más que trescientos compañeros y poco después disponía de un ejército que hizo temblar á la poderosa Roma.

Los que sentimos todo el peso abrumador de la presente tiranía política y económica, debemos estar dispuestos para en la primera oportunidad formar parte del gran ejército revolucionario que arrasando toda la injusticia que encierra este sistema, planteemos la nueva sociedad del porvenir, donde la humanidad libre ya, vivirá relativamente feliz.

L. B.

El Evangelio en acción

Entre los papeles de la causa seguida contra nuestro director por desacato á la autoridad del Obispo vimos una comunicación de Su Ilma. en que renuncia al derecho de acusación privada y añade, sin duda para hacer ver que no tuvo participación en el proceso, que *perdona las ofensas* que supone recibidas.

El veredicto del Jurado demostró que no existían tales ofensas y, por lo tanto, holgaba el perdón.

Pero no queríamos limitarnos á decir esto solamente. Queríamos hacer notar lo que son la caridad cristiana y el perdón de las ofensas y todas las doctrinas de Cristo entendidas por los que se llaman sus representantes; y, francamente, no pudimos encontrar modo de expresar nuestro pensamiento sin exponernos á incurrir de nuevo en el desagrado del señor Fiscal. Por esto callamos en nuestro número anterior; y tampoco hubiéramos hablado en el presente si no hubiese llegado por casualidad á nuestras manos un número de *El Siglo Futuro* periódico católico de Madrid, correspondiente al día 18 de Setiembre de 1899, en que se trata de otro *perdón* concedido por otro Obispo, el de Tortosa. Aunque ha pasado más de un año, creemos que no ha perdido su oportunidad.

Suplicamos á nuestros lectores que se fijen bien, procurando leer entre líneas, pues no hay que olvidar que los que hablan son periódicos católicos. Los párrafos que copiaremos son el mejor comentario y la más clara demostración de lo que valen ciertas palabras en boca de cierta clase de gente.

Dejemos ya la palabra á *El Siglo Futuro*:

Sin palo ni piedra

Copiamos del último número de nuestro querido compañero *La Verdad*, de Castellón de la Plana:

«¿Castigo de Dios?

El miércoles murió de muerte repentina el conocido pimargallista Sr. Fletcher, conocido en las logias por el h.º Anibal, gr.º 29, autor del telegrama injurioso á nuestro amantísimo señor Obispo, en que le ponía al tanto del banquete que, en honor del excomulgado Sr. Betoret, había celebrado la masonería castellanense.

Quince días hacía que se encontraba en la cárcel de Castellón sufriendo la condena de un año y ocho meses por desacato á la autoridad eclesiástica.

Era el Sr. Fletcher un exaltado republicano que hacía constante alarde de sus ideas antireligiosas.

Asistió al banquete del excomulgado Sr. Betoret, quedando por lo mismo excomulgado, asistía á todos los *meetings* revolucionarios de dentro y fuera de la provincia, y se encontró entre las turbas (y aun se dice que las *acaudillaba*) que escupían, vociferaban y escarnecían el Corazón de Jesús el día 31 de Julio y el día de la función de desagravios.

Diez días antes de morir recibió por correo in-

terior una carta anónima en la que se le exhortaba á penitencia y á que reconociera sus pecados

Con este motivo, llamado por el interesado, fué á visitarle á la cárcel el presbítero Sr. Martínez, que le invitó á reconciliarse con la Iglesia, proposición que desechó diciendo que estaba dispuesto á subir al cadalso en defensa de sus ideas antireligiosas.

El miércoles después de merendar y celebrar alegremente con algún amigo su próxima libertad (estaba gestionándose su indulto), se sintió atacado instantáneamente de unos dolores estomacales, y retorciéndose entre vivísimos dolores, en menos de diez minutos pasó de manos de la justicia humana á la divina.

¿Será esto castigo de Dios?

¿Abrirán los ojos sus compañeros de banquete?

¿Se convertirá algún masón?

El entierro fué civil, sin cruz y sin sacerdotes; fué presidido por el jefe de los republicanos señor Gaset, Gea, Blasco Ibañez y demás camaradas, asistiendo unos 400 republicanos.»

«El Ilmo. Sr. Obispo de Tortosa comunicó en atento oficio al señor ministro de Gracia y Justicia que perdonaba de todo corazón á su diocesano señor Fletcher la ofensa que le había inferido, manifestándole el sentimiento que embargaba su corazón de Padre, al ver sufrir á su hijo la pena temporal que su desatentado proceder le había ocasionado.

El desgraciado ha muerto en la cárcel momentos antes de alcanzar su libertad.

¡¡Altos juicios de Dios!!

La constitucion en peligro

El restablecimiento de la ley de represión del anarquismo por tres años más corona de una manera digna la obra liberticida de la reacción triunfante.

La libertad de expresión del pensamiento—la más sagrada de todas las libertades, la base de todos los derechos—ha sido descaradamente violada por esa ley anticonstitucional que viene á ser como la gota de agua que hace rebosar el vaso colmado por la ley de las violencias, los atropellos, las injusticias y los cohechos que venimos sufriendo con paciencia de asno desde hace veintisiete años.

Se suspenden las garantías de continuo y al arbitrio de un gobierno débil, derrotado en el exterior, compuesto de camarillas y fundado en una falsificación sistemática de todos los derechos y en la poca energía de la opinión amordazada; el caciquismo se insolenta, el monaquismo crece; se educa unageneración ignorante y reaccionaria en institutos, universidades y colegios frailunos y monjiles. De hecho ya casi no existe Constitución; de derecho se la está mermando continuamente, y á medida que ven nuestra pasividad los enemigos de la libertad, crece su osadía y su insolencia crece.

Y nosotros, más ó menos radicales, que aspiramos á una libertad mayor, que nos jactamos de marchar en la vanguardia del progreso y que tenemos la mirada fija en el porvenir ¿toleraremos tanto ultraje? Nosotros, los revolucionarios ¿sufriremos pacientes que se nos coharte el más sagrado de nuestros derechos?

Ya no se trata de marchar adelante sino de guardarnos las espaldas, ya no se trata de conquistar más libertades sino de consolidar las conquistadas que por nuestra criminal indiferencia se encuentran en peligro.

La energía de la protesta ha de corresponder á la violencia con que se lesionan nuestros derechos.

Libertades adquiridas con torrentes de sangre no pueden, no deben, no han de perderse sin una

manifestación que demuestre que no todos somos eunucos.

Seamos derrotados, pero no vencidos; esclavizados ¡pero no esclavos!

Tres años más ha de durar esa ley anti-política y durante esos tres años en el libro, en el periódico, en la tribuna, en todas partes, mientras nos quede un átomo de energía y virilidad, agotando hasta el último esfuerzo, debemos protestar, si no queremos vernos ultrajados, humillados, pisoteados y pros- critos.

Aurelio Ras.

Los ángeles de Caridad

Horroriza y causa indignación profunda la lectura del informe emitido por el Consejo de Estado en el expediente sobre irregularidades de la Diputación provincial de Madrid. Para muestra de salvajismo basta el cuarto párrafo de la página 162 de la *Gaceta*, que dice:

«No concluirá esta Sección lo relativo al Hospicio en general sin que entre los hechos probados de más importancia que viene exponiendo, no enumere uno que revela extraordinaria crueldad y que, por lo mismo, exige castigo y obliga, aunque es repugnante, á hablar de él: el hecho consiste en que varias veces se ha atado por las noches, al pene de los asilados un hilo que les ha ocasionado inflamaciones.»

También se demuestra que las inhumanas monjas se reservaban las mejores habitaciones, mientras dejaban á los asilados en el sitio peor y robaban á los niños los alimentos y la ropa.....

¿Es necesario que añadamos comentario alguno á lo dicho por el mismo Consejo de Estado?

Alma del Pueblo

Con este titulo ha publicado el joven poeta Vicente Medina un precioso tomo, de donde un querido colega, *La Tracción Ferroviaria Ilustrada*, copia las siguientes composiciones:

Sin piedad mandas tus hijos
á la guerra á que los maten...
¿cómo se conoce, Patria
que no eres tú quien los pare!

Con ojos voraces
en la tienda á los pobres he visto
mirar los manjares.
¿Con ojos voraces!...
si en la vida de todo nos sobra
¿por qué tienen hambre?

Los obreros marchan
de un burgués en entierro lujoso
llevando la caja.
Los obreros marchan,
¡del burgués, hasta muerto, pacientes
sufriendo la carga!

Yo observé aquella lucha
de ansias locas de amor, de ellas y de ellos
lucha sorda y horrible
que carcomía los ardientes pechos...
lucha contra la torpe tiranía
de sociales preceptos.

Observé la protesta en las miradas
cargadas de pasión y de deseos,
en los hondos suspiros,
en los latentes senos...

Y con claridad incontrastable,
que hubieran todos proclamado á un tiempo,
la santa libertad de los amores,
reconocida como bien supremo...

Mas nadie se atrevió, por más que todos
estuvieran de acuerdo,
y siguió la batalla de miradas,
dulces suspiros y latir de senos...
Uncidos á un brutal puritanismo,
ó débiles ó nécios,
¡al borde de la fuente de la vida,
se morían sedientos!...

DEBEMOS CONTRIBUIR

Con el sello de la *Sociedad Progresiva Femenina* establecida en esta ciudad, hemos recibido la siguiente comunicación:

«Sr. Director de EL PORVENIR DEL OBRERO:

»Muy señor mio: Habiendo acordado esta So-
»ciudad que me honro en representar saludar con
»un acto benéfico los primeros albores del nuevo
»siglo, distribuyendo al efecto todos nuestros fon-
»dos sociales en prendas de vestir, confeccionadas
»por nosotras mismas, para repartirlas entre los
»niños pobres de la localidad, tengo sumo gusto
»en invitar á Vd. al acto, que tendrá lugar el
»día 1.º de Enero próximo á las 3 de la tarde en
»el local de la Lógica «Hermanos de la Humanidad».

»Considerando al propio tiempo que todas
»nuestras fuerzas serán aun pocas para atender
»á los más necesitados, admitiremos con gran
»placer los donativos que para dicho fin se sirvan
»hacernos, lo mismo en objetos que en metálico,
»en la mencionada Lógica antes de la fecha indi-
»cada.

»Aprovecha esta ocasión para saludarle su
»afma. S. S.

JOSEFINA PONS».

La Sociedad Progresiva Femenina es quizá la
organización más importante y la que promete re-
sultados más prácticos de cuantas tenemos en Ma-
hon establecidas. Es deber de todos ayudarle.

Y no decimos más á nuestros lectores porque
«al buen entendedor pocas palabras le bastan».

El goce para todos

—Hay que buscar el goce en la vida—dicen los
individualistas que miden la existencia por el nú-
mero de las sensaciones agradables.

Es verdad; hay que buscar el goce de la vida;
pero no el goce individual, egoísta, que convierte el
placer propio en la única norma ú objetivo de las
acciones individuales, sino el goce generoso, al-
truista que hace dimanar el bienestar del hombre
del bienestar general.

¿Gozar de la vida!... ¿Puede existir aspiración
más noble y verdaderamente humana? Para esto
se nace, para sentir la plena dicha de vivir, para
percibir las agradables sensaciones de una vida sa-
na, robusta, activa, siempre dispuesta al trabajo y
al amor.

Sí, para esto se nace; pero ¡qué pocos son los
afortunados que gozan de tal modo la vida! ¡qué
contados los dichosos que sienten la alegría de vivir!

La dicha es la excepción, el dolor la regla de la
vida.

¿Por qué? ¡Ah! Preguntad, preguntad á la prosti-
tuta por qué vende su cuerpo, al pilluelo desam-
parado por qué escamotea los desperdicios que le
sirven de alimento, á la madre desvalida por qué
trabaja día y noche sin descanso, preguntad al
campesino por qué extenua su cuerpo labrando la
tierra de sol á sol, al minero por qué pasa su exis-
tencia entera en profunda y peligrosa mina, al
obrero industrial por qué encanece y enferma en
insalubre taller; preguntad al mendigo por qué pi-
de, al ladrón por qué roba, al miserable por qué
siente el sufrimiento de la necesidad no satisfecha;
preguntadles á todos, que si su respuesta no es una
maldición, ella os enterará por qué son desgra-
ciados, que la vida es para ellos un continuo sufri-
miento porque no tienen pan ó porque el escaso
mendrugo de que disponen han de ganarlo á fuerza
de trabajos y penalidades.

Hay que buscar el goce de la vida, el goce ver-
daderamente humano que busca en el bienestar ge-
neral la individual felicidad.

Pero no busquemos semejante goce en la socie-
dad actual, que ha hecho del individualismo estre-
cho del «yo antes que nadie y después de nadie» la
doctrina dominante de la época y la aspiración
constante de los espíritus ferozmente egoístas que
buscan su goce personal á costa del ajeno sufri-
miento é infelicidad.

Felices son los privilegiados, los poseedores de
la riqueza y del poder; ellos gozan de la vida, aun-
que el suyo sea un goce ficticio y malsano; para
ellos son todos los placeres, todas las comodidades
y las satisfacciones de la vida material é intelec-
tual. Pero éstos constituyen una minoría insignifi-
cante comparados con el número inmenso de los
que sufren, gimen y de todo carecen.

¿Y es justo, es humano y equitativo que por el
placer imbecil y degradante de una clase estéril
tengan que vivir en la abyección y en la miseria
millones de seres humanos, condenados á no saber
jamás lo que es el verdadero goce de la vida á ig-
norando eternamente lo que significa la alegría de
vivir?

Tremenda injusticia social la que hace depen-
der la felicidad de unos del sufrimiento de otros.

Infame mil veces la sociedad que en sus leyes,
en sus códigos y en todas sus manifestaciones pre-
tende legalizar tan grande injusticia.

—Hay que buscar el goce de la vida—repiten
sarcásticamente los satisfechos, intentando excusar
así su perversión moral y la inicua explotación que
sobre sus semejantes ejercen.

Pues bien, sí, hay que buscar el goce en la vi-
da; pero el goce para todos, aunque para lograrlo
tengamos que amargar el goce insultante, malsano
y provocativo de los que hacen depender su bas-
tarda felicidad del dolor universal.

PALMIRO DE LIDIA

Actos civiles

El jueves 20 del actual contrajeron matrimo-
nio nuestros amigos y compañeros Lorenzo Camps
y Lucía Coll. Fueron testigos Joaquín Morro y
nuestro director Juan Mir. El acto de la celebra-
ción ante el Juez Municipal fué presenciado por
numeroso acompañamiento. Camps es de los bue-
nos, de los seguros, de los que saben conformar
las obras con las palabras.

Deseámosle numerosa familia, educada en los
mismos principios redentores, para bien de la hu-
manidad y del progreso.

El sábado 22 casóse también civilmente el

consecuente republicano Miguel Pons con Juana
Humbert. Pueden estar satisfechos de sí mismos
los que así cumplen con sus convicciones.

Reciban nuestra enhorabuena.

El lunes 24 fué inscrita en el Registro Civil
de Villa-Cárlos una niña que recibió el hermoso
nombre de Luz. Es hija de nuestros buenos ami-
gos Pedro Prats é Isabel Capella, casados civil-
mente.

Deseamos á la niña robustez é inteligencia y
que sea útil á la causa de la emancipación huma-
na, en consonancia con la educación que reciba
de sus padres.

En el propio pueblo de Villa-Cárlos fué tam-
bién inscrita civilmente en aquel Juzgado el jue-
ves último día 27 del actual, el niño Ernesto, hijo
de nuestros correligionarios los consortes D. Juan
Carretero y D.^a Catalina Guasch, á los cuales fe-
licitamos cordialmente.

La cosa marcha. El pueblo va entrando por
el buen camino. Dentro de algunos años las fa-
milias emancipadas de la superstición religiosa se
contarán por centenares. No hay duda que las
violencias y atropellos que se han cometido en
estos últimos tiempos por la casta sacerdotal han
contribuido mucho á estos brillantes resultados.
Debemos agradecerles lo hecho y alegrarnos de lo
que irán haciendo. Porque, indudablemente, á
medida que el pueblo se emancipe los clérigos se
pondrán cada día más furiosos; y al mismo tiem-
po, cada nueva manifestación de la ira clerical
ocasionará nuevas separaciones. Evidentemente,
la cosa marcha.

El mejor signo de que verdaderamente nues-
tro pueblo quiere redimirse de la esclavitud reli-
giosa, lo que ensancha el corazón de cuantos en
esta lucha por la libertad de las conciencias toma-
mos parte, es la buena voluntad de las mujeres,
el entusiasmo con que acuden á los actos civiles
en grupos numerosos.

Esto nos llena de esperanzas. Nos hace pen-
sar en la sociedad futura, libre de preocupacio-
nes imbeciles, donde los hijos no serán brutal-
mente educados por el cura, ni crecerán sometidos
á su nociva influencia.

Las mujeres del pueblo, libres y conscientes
ellas mismas, sabrán educar á sus hijos para la
libertad, les inculcarán amorosamente, como so-
lo pueden hacerlo las madres, los puros princi-
pios de la moral natural, el amor á la humani-
dad, á la ciencia, al progreso, al bienestar de to-
dos. Entonces, cuando así se haga, la humani-
dad estará redimida, porque los hombres de tal
manera educados, no podrán nunca ser esclavos.

Sea ésta la obra primera que á todos nos ocu-
pe al comenzar el nuevo siglo.

Acontecimiento

El martes próximo publicará nuestro colega
«El Liberal» un número extraordinario de 1.º de
año para saludar el comienzo del siglo XX.

Colaborarán en el mismo las conocidas firmas
de nuestros amigos D. Pedro Ballester, D. Jaime
Ferrer, D. Pedro Pons Sitjes, D. Lucas Carreras,
Dr. Pons Marqués, D. Juan Mir, y otros que en
este momento no recordamos.

Será indudablemente un acontecimiento lite-
rario y creemos que merecerá el apoyo y beneplá-
cito de nuestros lectores.

Estab. tip. de B. Fábregues, Nueva 25, Mahon.
Talleres: San José 69.